



C.S. Lewis y la Navidad

C.S. Lewis En un artículo de 1957 titulado **"Lo que la Navidad significa para mí"**, dejó claro que "la idea de que no sólo todos los amigos sino todos los conocidos deberían darse regalos unos a otros, o al menos enviarse postales, es bastante moderna y nos la han impuesto los tenderos". Añadía que en estas fiestas fatigosas, cuando llegaba el 25 de diciembre, las familias ya no tenían fuerza ni humor para celebrar con cordialidad sino que "parece más bien como si sufrieran una larga enfermedad en la casa". ¿Qué diría de la Navidad aún más consumista del siglo XXI, y del caso concreto de la española, que debido a la fiesta de los Reyes Magos duran socialmente una semana más que las anglosajonas? Sin embargo, **la Navidad sí le inspiraba profundamente a nivel espiritual.**

Escribió al menos dos poemas sobre Navidad: **"La Natividad"** y **"El cambio de la marea"**. Repetía que el nacimiento de Jesús fue "el evento central de la historia en la Tierra" y que la Encarnación, que Dios se hiciera niño, tomando la debilidad de la carne humana, era "el Gran Milagro". Y trató de expresarlo en varios de sus libros, tanto en el ciclo de cuentos de Narnia como en sus reflexiones teológicas.

"Encontramos en nuestro Libro [anglicano] de Oración que el Salmo 110 es uno de los designados para el Día de Navidad. Quizá al principio esto nos sorprenda. No hay nada en él sobre paz y buena voluntad, nada que remotamente nos sugiera al establo de Belén... La noticia no es 'paz y buena voluntad' sino: 'cuidado, ¡ya viene!'"

Lewis escribió esto en sus "Reflexiones sobre los salmos". Efectivamente, es **un salmo que probablemente inquietó al cruel rey Herodes el**

Grande, siempre buscando conspiradores contra él ("quebrantará a los reyes en el día de su ira"):

El Señor dijo a mi Señor:

Siéntate a mi diestra,

Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.

El Señor enviará desde Sion la vara de tu poder;

Domina en medio de tus enemigos.

Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder,

En la hermosura de la santidad.

Desde el seno de la aurora

Tienes tú el rocío de tu juventud.

Juró el Señor y no se arrepentirá:

Tú eres sacerdote para siempre

Según el orden de Melquisedec.

El Señor está a tu diestra;

Quebrantará a los reyes en el día de su ira.

Cuando se reza con el Salmo, salen sus significados navideños. **"Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder"** se prefigura, paradójicamente, en **los pastores** que llevan sus regalos al Niño.

"La hermosura de la santidad", "el seno de la aurora", "el rocío de tu juventud", apuntan al Niño, su hermosura infantil que promete un amanecer de bien y belleza.

Como sucede a menudo en Lewis y también en Chesterton y Tolkien, **lo aparentemente pequeño y débil es en realidad fuerte y transformador.** Ésa es, una y otra vez, una de las enseñanzas perennes de la Navidad, una temporada que inspiró a con fuerza a los tres grandes escritores.

AVISOS (volvemos en Octubre)

Los primeros sábados de cada mes de 6 a 7 tenemos el encuentro de formación en la fe.

Domingo en la octava de la Navidad

Lectura del primer libro de Samuel 1, 20-22. 24-28

Al cabo de los días Ana concibió y dio a luz un hijo, al que puso por nombre Samuel, diciendo:— Se lo pedí al Señor.

El esposo Elcaná y toda su casa subieron a ofrecer al Señor el sacrificio anual y cumplir su voto. Ana, en cambio, no subió, manifestando a su esposo:

— Esperemos hasta que el niño sea destetado. Entonces lo llevaré, lo ofreceré al Señor y se quedará allí para siempre.

Una vez destetado, lo subió consigo, junto con un novillo de tres años, unos cuarenta y cinco kilos de harina y un odre de vino. Lo llevó a la casa del Señor a Siló y el niño se quedó como siervo. Inmolaron el novillo y presentaron el niño a Elí. Ella le dijo:

— Perdón, por tu vida, mi señor, yo soy aquella mujer que estuvo aquí en pie ante ti, implorando al Señor. Imploré este niño y el Señor me concedió cuanto le había pedido. Yo, a mi vez, lo cedo al Señor. Quede, pues, cedido al Señor de por vida.

Y Elcaná se postró allí ante el Señor.

SALMO RESPONSORIAL Sal. 83

R/. ¡Dichosos los que viven en tu casa, Señor!

¡Qué deseables son tus moradas, Señor del universo! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo. R/.

Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre. Dichoso el que encuentra en ti su fuerza y tiene tus caminos en su corazón. R/.

Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa, y prefiero el umbral de la casa de Dios a vivir con los malvados. R/.

Porque el Señor Dios es sol y escudo, el Señor da la gracia y la gloria; y no niega sus bienes a los de conducta intachable. R/.

¡Señor del universo, dichoso el hombre que confía en ti! R/.

Lectura de la primera carta de san Juan

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifestó, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Queridos, si el corazón no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios. Cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio.

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 2, 41-52

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua.

Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres.

Estos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo.

Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba.

Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados».

Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?».

Pero ellos no comprendieron lo que les dijo. Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón.

Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.